

UN CASERÍO BIZCAINO



ESKIBIL



A mi amigo Adolfo Guiard, distinguido pintor bilbaino y entusiasta bascófilo.

A continuación de la dilatada y fértil vega de Guernica, y al pie de las extensas marismas del pintoresco pueblo de Murueta, se halla enclavado un caserío amplio y limpio conocido por *Eskibil*, en el que vive una honrada y acomodada familia constituida bajo los principios y costumbres inveteradas de este noble país, observando en el modo de ser en el hogar de la pequeña granja que constituye la finca, el fuero régimen de nuestros antepasados.

Eskibil pertenece á esos caseríos que afortunadamente existen aún en Bizcaya, y cuyos moradores perpetúan antiguos y tradicionales usos, que se suceden de padres a hijos, siendo natural consecuencia de ello, que el cabeza de la casa, respetable anciano casi octogenario, de noble figura y virtudes cristianas, dirija la finca con tanto acierto como provecho; el buen aítona, con su inquebrantable amor al hogar, muestra siempre gran empeño en ser fiel á sus antecesores, haciendo esfuerzos, no en vano por cierto, para que sus hijos, modelos de labradores bascos, sigan guardando las prescripciones y antiguos gustos de la casa.

Los hijos del caserío, de natural talento y muy inteligentes en los trabajos agrarios, se ocupan preferentemente en las labores del campo y cría de ganado vacuno, con resultados positivos; guiados siempre

por el anciano que entiende las leyes de la economía, armonizadas con los consejos que le dicta su experiencia de largos años.

El constante trabajo de estos laboriosos hortelanos, ha resuelto uno de los problemas cuya solución preocupa más, esto es, producir mucho y barato, pero sin dejar de comprender que remunera más lo poco bien administrado que lo mucho mal entendido.

Al recorrer sus vastas y bien cuidadas heredades de pan sembrar, y sobre todo al penetrar en el clásico caserío, se nota bien pronto la limpieza y aseo inherentes á familia tan previsora. Todo está allí bien dispuesto y ordenado: los aperos de labranza, los lagares para la fermentación del excelente chacolí que cosechan; las frescas bodegas donde conservan los mostos y la inmejorable disposición de las espaciosas cuadras ó establos, que constituyen con la casa vivienda el caserío para albergue del hermoso ganado con que cuentan.

En *Eskibil* aprovechan todo y de todo saben sacar partido. El ganado con que labran la tierra les sirve como productor de abundante abono; las vacas les proporcionan sano alimento de pura leche, y con la matanza del *charriki* y *chala* que periódicamente sacrifican, hacen del primero sabrosos chorizos y longanizas, salan sus tocinos, succulentos perniles y *giarras*, y del segundo conservan sus carnes preparandolas convenientemente en *sesina*, para ir consumiéndola con los condimentos diarios. El cuero de los novillos que matan empléanlo en la confección de cómoda *abarka*, y hasta la grasa dura que sacan del mismo animal les sirve para hacer velas de sebo.

Con la abundante recolección de trigo, alubia, patata y otros vegetales llenan, bien repletos, sus graneros.

La elaboración de la *borona* que hacen en casa, es digna de mención, por lo fino y exquisito que les resulta el pan de maíz.

En fin, por el agradable trato de los simpáticos habitantes de *Eskibil*, y por todo lo que se ve y se observa con una simple mirada por aquella casa, se comprende perfectamente que reina en la misma la laboriosidad y conocimientos propios de una finca de labor bien regida y administrada, y que tanto acredita á la feliz familia que vive en ella.



Por otra parte, el aspecto exterior de *Eskibil* y el bello panorama que lo circunda no puede menos de causar muy grata impresión á los ojos del curioso *tourista*.

Rodeado aquel de elevadas parras cuyas cepas están sostenidas por gruesas y toscas columnas de mampostería carcomidas por trepadora yedra, en verano proyectan agradable sombra y frescura benéfica, haciéndole aparecer al mismo tiempo al blanco caserío como ciñendo corona de laurel. Y si se extiende la vista por las labradas heredades, verdes y grandes juncales de la llanura y tintas oscuras de las pantanosas tierras que se anegan con el flujo de la marea, convirtiéndolas en inmenso lago, le dan todo un aspecto de la mayor atracción, prestando vida al pintoresco cuadro las innumerables especies volátiles que con variados cantos turban la paz de aquellas soledades; y acompaña á ese ritmo melancólico é inimitable de las aves marinas que por allí abundan, el agudo y estridente pitar del monstruo de hierro que á señaladas horas cruza veloz por la campiña como queriendo abarcar todos los ámbitos de la tierra, para penetrar después en los abismos profundos del impetuoso Cantábrico, del que en último término se ve y se siente el incesante y monótono ruido del batir de las embravecidas olas sobre las acantiladas y enhiestas rocas de la costa....

Tan precioso paisaje, mirado desde lo alto de la colina próxima, resulta de un golpe de vista verdaderamente encantador, viéndose el caserío *Eskibil* cual blanca gaviota que se posa en las verdes marismas.



Una de las notas más características del caserío *Eskibil*, baluarte de la honradez, son las agradables veladas que pasan en él distinguidos *amateurs* de la rusticidad, de la vida plácida del campo, y más de un notable artista en el arte de Velazquez, que suelen residir accidentalmente, largas temporadas, en cualquiera estación del año, en la deliciosa aldea de Murueta.

Cuando el poniente sol otoñal se oculta en las inmensas llanuras del Océano, y el fresco cierzo del crepúsculo que se deja sentir obliga á los pacíficos moradores del pueblo á cobijarse bajo techado, *Eskibil* es la casa destinada para pasar en entrenida tertulia las primeras y aun, á veces, las últimas horas de la noche.

En su espaciosa cocina, cuyo decorado es tan variado como original, pendiendo del techo sortas de ricos chorizos y longanizas, pinto-rojeadas pernils, témpanos de tocino, productos vegetales, etc., etc.,

allí, en aquel lugar el más á propósito de la casa, se forman atractivas reuniones.

Sentados los concurrentes en sillas de tejido palo, bajo de aquellos colgantes y sustanciosos adornos, al rededor del fogar en el que arden gruesos *mukurres*, y avivando la lumbre de vez en cuando para que la llama entretenga y alegre al mismo tiempo al corro de amigos, mojan estos sus labios con el rico y puro néctar cosechado en el caserío, oyendo contar al anciano *aitacho*, avezado en las pláticas de las cosas antiguas del país, que tanto atractivo ofrecen á todos los allí reunidos, como amantes que son de las escenas y episodios bascongados.

A medida que los concurrentes van saboreando el paladar con libaciones del chacolí, contenido en tripuda jarra, la conversación va rodando y haciéndose cada vez más animada y variada, empezando los ilustrados contertulios á hablar, alternando con las costumbres del país basco, de ciencias, artes, literatura, etc., hasta que el reloj de la casa ha ido marcando el tiempo que á los concurrentes se les ha pasado sin sentir, retirándose á las *todas* de la noche cada mochuelo á su olivo, hasta el anochecer del siguiente día en que vuelven á reunirse en aquella típica cocina de apartado caserío, donde el sano humo de los *mukurres* que se quemán en el bajo fogar, envuelve la atmósfera de la estancia.

Tal es el legendario caserío bizcaino, situado al pie de las extensas marismas del pintoresco pueblo de Murueta, y conocido por *Es-kibil*.

GALO GALÍNDEZ.

Bilbao y Marzo de 1895.

